

de París, de Bruselas, de Londres? Por nuestra parte, el manifiesto de los proletarios belgas, lo hemos puesto ya en alto, como bandera. Y detrás de ella nos esforzaremos por levantar el torbellino de la piedad y de la justicia popular.

#### «FRANCIA VENCERÁ»

Hablamos hace unos días de la actitud de los socialistas alemanes al declararse la guerra europea. Conviene insistir sobre este punto. El publicista Paul Louis ha publicado en la «Révue Bleue», un artículo que no sólo da gran luz a este hecho histórico, sino que descubre la reacción del espíritu liberal alemán.

«Los socialistas alemanes, dice Paul Louis, han tenido miedo a una represión terrible, salvaje, que hubiera destruído a millares de ellos.» ¿Han tenido miedo a una represión? Es decir, reconstruyendo el hecho. Ha llegado el momento de declarar la guerra. Ha sido la declaración de la guerra con asentimiento general. Se ha creído, al declarar la guerra, en el triunfo inmediato de Alemania. ¿Quién iba a oponerse a la declaración? ¿Quién iba a negar la colaboración? El miedo tenía su fundamento lógico. El silencio de los socialistas tenía una justificación.

Pero, ¿sigue este miedo? ¿Sigue este silencio? ¿Sigue esta colaboración? No. Liebknecht, está haciendo desde diciembre, una campaña tenaz, valiente, contra los imperialistas, contra el imperialismo, contra los causantes de la guerra. En Solingen, se ha celebrado una asamblea con el objeto de discutir la declaración en favor de la guerra, hecha por el diputado Scheidemann. Julián Bur Kord, representante de la Dieta prusiana, ha escrito un folleto titulado: ANTES Y DESPUES DEL 4 DE AGOSTO: LA ABDICACIÓN DE LA SOCIAL DEMOCRACIA ALEMANA». En él figuran conceptos como éste: «Esto es la bancarrota completa de la social democracia que en el momento del peligro debió plantearse para saber si nosotros debíamos sacrificar nuestro ideal, nuestras organizaciones, nuestras cajas, nuestras existencias. Jamás hubo una causa grande sin sacrificios. El cristianismo, la Patria y ahora el Socialismo, ¿no han necesitado millones, decenas de millares de sacrificios voluntarios?» El «Volk», de Amsterdam, publica una información sobre la actitud de los socialistas alemanes; en ella, se dice que

aumenta la oposición a la guerra y que en esta oposición figuran los reformistas.

No hay necesidad de aducir más citas. ¿Qué prueba esta reacción, este movimiento de los socialistas, marchando a ocupar el puesto que jamás habrían de haber abandonado? Prueba que no existe el miedo que se tuvo al principio. Prueba que ha decaído aquel entusiasmo que se sintió al principio por la guerra. Prueba que los resortes que mantuvieron unidos a todos los alemanes se han aflojado, se han roto. Prueba que se ha perdido la fe en el triunfo. Prueba que hay unos hombres que—aunque todo se pierda—quieren salvar en esta guerra la dignidad de una parte de Alemania.

Volvamos los ojos a Francia. Se declara la guerra. A los pocos días se insubordina en la línea de fuego un regimiento. Las tropas retroceden ante el avance vertiginoso, ciego, de los alemanes. París, aterrizado, prepara sus trincheras, sus fuertes, su resistencia. El Gobierno, escapa, huye, a Burdeos. Para todos hay censuras; para los hombres de Estado, para los ciudadanos, para los generales que no

saben conducir el ejército a la victoria. Francia parece que va a caer, rendida, tronchada, deshecha...

Han pasado unos meses. En estos meses, los socialistas alemanes han cambiado las armas por la pluma. Ya no van al campo de batalla: van al mitin, a la prensa, para justificarse, para llamar a los compañeros perdidos. En estos meses, los soldados alemanes han retrocedido y los soldados franceses han avanzado: el Gobierno ha dejado Burdeos y ha vuelto a París; el general Joffre dice que Francia vencerá... Que Francia vencerá lo dicen, más que las palabras de Joffre—de Joffre, que es nuestro general, el general que nos lleva a nosotros detrás—las críticas de los socialistas alemanes. Lo dicen, más que las palabras entusiastas del general francés, de nuestro general, el silencio de muerte de los generales alemanes.

## EL MALESTAR DE EUROPA. — LA PREPARACION PARA LA GUERRA

Los Estados europeos comienzan a darse cuenta de que la preparación para la guerra produce más daños que la guerra misma. Inglaterra y Francia son las dos naciones que más pronto y más intensamente han sentido estos daños. Inglaterra, al ir a hacer efectivas sus reformas sociales, sus leyes sobre retiros obreros, sus seguros sobre paro forzoso, sobre enfermedad... ha encontrado un serio tropiezo: la falta de dinero, el obstáculo del dinero. Del dinero que Inglaterra empleaba en educar y equipar su ejército de tierra, y en aumentar el número de sus *Dreadnoughts*: del dinero que Inglaterra empleaba en prepararse para la guerra. Francia ha sentido su daño de momento, súbitamente. Creía que su hacienda era holgada, que podía, sin peligro de bancarrota, atender a la guerra de Marruecos y a la preparación de la «revancha»; decía, pre-

cisamente, que ella podía sostener esta política colonizadora y guerrera, debido al superávit, con que saldaba sus presupuestos. Y de repente se descubre que en estos presupuestos tan colmados, tan espléndidos, había un déficit de ochocientos millones. Déficit que tiene también estas causas: el protectorado en Marruecos, el aumento de años del servicio militar, la preparación de una guerra posible con Alemania.

Las palabras pronunciadas por Lloyd George en sus últimos discursos, significan de manera bien expresa cuál es la posición actual del gobierno inglés. Lloyd George ha dicho: «Todos los países del mundo harían mejor en echar al mar el dinero gastado en los ejércitos que en crear instrumentos para matar a las gentes. Una nación sola no puede renunciar a aumentar su armamento; pero todas podrían ponerse de acuerdo a este efecto. Si se consagrara a las reformas sociales el dinero despilfarrado en los armamentos, se transformaría Inglaterra de los pies a la cabeza.» Recordando que Lloyd George, aún siendo el propulsor más fir-

me de estas reformas sociales, fué en ciertos momentos quien con sus palabras, opuestas por completo a las ahora consignadas, motivó el que Alemania se dispusiera para el ataque o para la defensa, y que toda Europa se colocará en pie de guerra; recordando que Lloyd George fué el que dijo en ocasión solemne que Inglaterra había de estar preparada para la guerra, se convendrá en que el plano de actuación del liberalismo inglés ha cambiado radicalmente. Los nuevos proyectos sobre la tributación de la tierra, sobre la seguridad de los trabajadores del campo, nos dicen que otras muy distintas a las ideas de guerra; que otros, muy distintos a los sentimientos de odio, son las ideas y los sentimientos que inquietan hoy el espíritu de Lloyd George.

¿Y Francia? ¿Cuál es su posición frente a este déficit espantoso de sus presupuestos? Por de pronto, digamos que ningún hombre de Gobierno francés ha tenido el valor de hacer afirmaciones tan concluyentes como son las de Lloyd George. Inglaterra en el momento que se ha dado cuenta de que la preparación para la gue-

rra impedía sus reformas sociales, ha combatido la guerra, ha combatido la preparación para la guerra. Inglaterra en seguida que ha descubierto la raíz del mal, no se ha entretenido en las hojas y en las ramas: ha llegado a la raíz. Cuando un hombre de gobierno, de la autoridad y de la responsabilidad de Lloyd George, pronuncia palabras como las escritas—palabras que ha repetido en cien discursos—significa que no muy lejos de las palabras vendrán las obras.

Francia ha descubierto también la raíz del mal, pero se ha entretenido en las hojas y en las ramas: ha dejado la raíz afondada en la tierra. El Gobierno que descubrió el déficit cayó ruidosamente; pero no fué debida su caída a declaraciones terminantes, a afirmaciones expresas: fué debida, más pronto, a la falta de estas declaraciones y de estas afirmaciones. El Gobierno que le sucedió no ha seguido un plan contrario: ha insinuado, sí, las causas del déficit; las ha comenzado a apuntar; pero no ha tenido el valor cívico de denunciarlas en concreto. Toda Francia sabe que esos 800 millones de déficit de su

presupuesto del Estado han sido producidos por los gastos del protectorado de Marruecos y por la preparación de una guerra posible con Alemania. Toda Francia lo sabe. Pero sólo lo manifiestan en sus discursos los diputados socialistas; sólo lo expresan en sus periódicos los escritores socialistas. Los diputados adictos al Gobierno nada dicen; los periódicos afiliados a la política del Gobierno, nada escriben sobre ello. Y sucede lo que ha de suceder. Así como en Inglaterra, después de las palabras de Lloyd George, vienen las obras, y las obras son el ministerio de la tierra y la política agraria, que son obras de paz, de paz perfecta, en Francia, después del silencio de sus hombres de Gobierno, vienen también las obras. Y las obras son algo tan doloroso como esto: reducen, sí, los gastos de su presupuesto, los aminoran con objeto de disminuir o de anular el déficit, pero al reducir los gastos de todas las partidas, dejan dos partidas intactas, incólumes: la correspondiente al Ministerio de la Guerra y la correspondiente al Ministerio de Marina. Las dos partidas que son, en primer término,

las causantes del déficit. Las dos partidas que representan dentro de la realidad la preparación para la guerra.

No es esto aún lo peor. No es lo peor que los gobernantes franceses no se resuelvan a pensar seriamente sobre los problemas de Francia. Lo peor es lo que piensan algunos grupos políticos franceses que se preocupan de la situación presente de su patria. Para uno de estos grupos, el daño de Francia no es que Francia viva preparada para la guerra, sino que sea Alemania la que no desista de esta preparación. Para este grupo, el daño es que subsista el Imperio Alemán; es que subsista la familia Hohenzollern en el Imperio Alemán; es que subsistan en Alemania 60 familias de príncipes reinantes que se eternizarán en el Poder. Este grupo propone como solución la conversión del Imperio Alemán en República Alemana. Y para conseguir ello sostiene la necesidad de una intensa propaganda francesa en Alemania, hasta lograr que los alemanes se levanten contra el Kaiser y cambien la forma de Gobierno. En este momento cambiarán los ideales guerreros de

Alemania, dejará Alemania de vivir preparada para la guerra. Entonces, sólo entonces, podrá Francia reducir sus presupuestos militares. La solución que presenta y defiende el otro grupo es aún más loca. Así como para el primero el peligro está en que Alemania sea un Imperio, para este segundo, el peligro está en que Francia sea una República. Y así como el primer grupo propone como medio la propaganda republicana en Alemania, y como solución la forma republicana en el Imperio, el segundo propone como solución la constitución de un gran imperio de Occidente, integrado por ochenta millones de conciudadanos flamencos, gascones, bascos, catalanes, gallegos, castellanos, algerianos, senegaleses, sudaneses y congolese, bajo el cetro latino de Alfonso XIII. Entonces, dice, sólo entonces, el poder mediterráneo podrá alzarse contra la amenaza de los invasores del Norte.

¿Son esto soluciones? ¿Es, callando como callan los gobernantes franceses, o hablando en esta forma, como Francia va a salvarse de su dolorosa situación presente? Es difícil. Y es difícil, no porque quede en

pié su déficit material, de dinero, sino porque se descubre un déficit más profundo de ideas, de energía, de humanidad. Es el déficit que nos asusta a los que volvíamos los ojos a Francia en los momentos de inquietud espiritual. Es el déficit moral que nos alarma a los que en este momento de crisis francesa no vemos surgir del suelo de Francia—suelo fecundo en ideas y en hombres—ni una idea que ilumine, ni un hombre que imponga su voluntad.

## DOS ESPAÑAS.—MAURA Y EL RASTRO DE SU DISCURSO

### *Desorientación y confusión*

El discurso de Maura constituye la actualidad española. Pronunciado allí, en Beranga, en el Norte de la Península, ha corrido rápido por todo el país como un reguero de pólvora. Unos comentadores han dicho de este discurso que es un aldobonazo dado reciamente a las puertas del Poder. Otros han dicho que es un paso más por el camino que desentiende de las funciones de Gobierno. Unos comentadores han afirmado que este discurso proclama la intervención en la guerra europea. Otros afirman que contiene la nota más fuerte que se ha dado sobre neutralidad. Unos comentadores, en fin, sostienen que este discurso es una declaración de simpatía a Francia y a Inglaterra. Otros sostienen, por el contrario, que es una insinuación de próxima alianza con lo que quede de los Imperios Centrales cuando la guerra selle la paz. ¿Qué criterio acep-

tar de estos criterios tan dispares? ¿Qué hilo coger para sacar de él toda la verdad que debe haber en el ovillo de las palabras de Maura?

Este discurso, que se ha calificado ya ufanamente, el discurso de la sinceridad y de la claridad, es el discurso de la desorientación y de la confusión. Veréislo cotejando unos trozos con otros de su propio texto.

#### *Las entrañas del Régimen*

¿Qué es España? Esta es la pregunta que todo hombre público ha de formularse tan pronto como se proponga conferir a España una misión. ¿Qué es España? ¿Qué vale? ¿Qué capacidad es la suya para ejercer con autonomía, con independencia las funciones de Gobierno?

Maura se ha formulado esta pregunta. Y en las primeras palabras de su discurso ha dado la respuesta. Oídla: «Agrupaciones políticas que coparticipaban en el mando han ido asemejándose, llegando a un punto en que no es posible distinguir las. Son una misma cosa. Cuanto les pudiera distinguir, queda anulado. A medi-

da que acontece esto, agrándase el foso que separa esta organización dividida en dos equipos, y a medida que aquella está más aislada y reservada y desprestigiada, más se necesita abusar del dominio para mantenerse y merecer más la pública execración. Así ha ido creándose inmenso divorcio entre gobernantes y gobernados, de tal modo, que es inútil que se pongan al frente de ese artefacto los mejor intencionados, porque el organismo está de tal modo degenerado, que el buen propósito se frustra dentro del instrumento mismo que lo habría de realizar.»

Esto es España. Un país en donde las funciones del Poder las reparten dos equipos; en donde con el desprestigio de éstos aumenta el abuso de dominio, embruteciendo de día en día la acción gubernativa. Esto es España. Un país en el que aún los hombres de mejor voluntad no podrían influir eficazmente en el gobierno, por la constitución actual del régimen. «Porque el organismo está de tal modo degenerado—dice y repite Maura—que el buen propósito se frustra dentro del instrumento mismo que lo habría de reali-



zar.» Esto es, para Maura, la España oficial. ¿Ha de pretender él entrar en esta España? ¿Ha de querer ser él, suponiendo en él buen propósito, el instrumento que, de antemano, sepa ya que ha de frustrarse en el organismo degenerado?

No. Cuando se lleva en el alma el sentido que Maura pone en sus labios, del alma sale una sola palabra: revolución. Una revolución que acabe con los equipos y con quien acuerde y refrende el turno de estos equipos; una revolución que destruya el organismo degenerado; una revolución de la España vital que ahogue en el metro de sangre que presentía D. Francisco Giner, a la España oficial. ¿Siente Maura la santidad de esta palabra y de esta obra? No. Si la sintiera, no hubiera formado por años y años a la cabecera de uno de estos equipos; si la sintiera no hubiera contenido el grito patriótico de 1909; si la sintiera no hubiera consentido que los amigos suyos que se sientan en el Parlamento rieran y asintieran el día que se les acusaba de haber obtenido el acta a fuerza de dinero y de soborno.

Oliveira Martins, cree que todo el re-

formismo de Carlos III en España y de José I de Portugal, constituyó un error porque se opuso a un proceso de descomposición que había de consumarse para que luego fuese posible el resurgimiento. Es verdad. Y porque es verdad, quien sienta el remordimiento de sus obras pasadas y quien sólo sueñe en sus obras futuras, no ha de dar aldabonazos a la puerta del Poder; ha de darlos a la conciencia del país para que se ponga en pie de guerra contra el Poder. El maurismo y el reformismo, desacreditando las funciones de Gobierno y pugnando por ejercerlas, son dos equipos más nocivos que los dos equipos turnantes.

*¿Con Francia? ¿Con Alemania?*

«Si Inglaterra y Francia reforman su conducta con respecto a España, viene a decir Maura, con ellas». «Si prosiguen en su actitud, con Alemania» ¿Puede hablarse así después de haber dicho lo que se ha dicho de la España oficial?

Hay dos Españas en España: la España oficial que, según Maura, es un organismo degenerado, y la España vital que ejer-

ciendo sus funciones ciudadanas, puede salvarse. Larra, señaló ya esta distinción en la sociedad española. Ganivet dijo que la separación entre las dos Españas se acentuó en la guerra de la Independencia. Es, pues, este mal de las dos Españas en España, un mal viejo.

¿Con qué España han de reformar su conducta, Francia e Inglaterra? ¿Con la oficial? ¿Con esa España a la que nosotros la mayoría de los españoles, negamos el trato? ¿Con esa España «en la que el buen propósito se frustra dentro del instrumento mismo que lo habría de realizar»? Si no ha de ser con esta España con la que Francia e Inglaterra han de reformar su conducta, ha de ser con la España vital. Con la España vital contra la España oficial. La variación de conducta en este sentido no puede significar otra cosa que el aliento a todo espíritu revolucionario que se proponga hacer de las dos Españas una sola España vital. ¿Es esto lo que quiere decir el Sr. Maura?

Si no quiere decir esto, querrá decir que Francia e Inglaterra guarden con la España oficial la consideración que segu-

ramente no podemos guardarle el noventa por ciento de los españoles. ¿Puede, en justicia, exigirse a nadie esta actitud?

### *La piedra y el cántaro*

Ganivet escribió, pensando en los momentos de responsabilidad que pueden envolver a los hombres representativos de un pueblo, estas palabras: «Las ideas deben ser piedras y los hombres y sus intereses, cántaros; y la ley que los una, la norma fundamental de su conducta, ha de ser, que suceda lo que suceda, debe romperse el cántaro». La idea fundamental de Maura es la de que la España oficial es un organismo degenerado. Esta idea fundamental es la piedra. El, Maura, vá a lanzar contra ella, los hombres y sus intereses: el cántaro. Pero piensa que este puede quebrarse, y cubiletea entonces con el cántaro y la piedra. ¿Qué ha de resultar de ello? La confusión, la indecisión, la obscuridad, la anfibología de su último discurso.

Si la España oficial es un organismo degenerado; si en esta España oficial se quiebran, se frustran los más honrados

propósitos ¿a qué tratar de intervención? ¿a qué pensar en alianzas? ¿a qué perder el tiempo averiguando si Alemania cumple o si Francia deja de cumplir con España? La primera obra es dar a España un valor de dignidad nacional; es crear un organismo de Gobierno que no sea incompatible con las funciones ciudadanas. ¿Política internacional? A ser beligerante en la política internacional, no se llega sin representar, como nación, una autoridad moral. Y si España, como nación, no es una autoridad moral para los españoles ¿para quién habrá de serlo? No está el peligro en las notas de Francia ni en los submarinos de Alemania. El peligro para la España vital está en la manera de ser de la España oficial. Y este peligro, con guerra o sin ella, con intervención o con neutralidad, persistirá. Persistirá mientras la España vital no llegue a ser un peligro para la España oficial.

Esta hora única exige hablar con claridad y obrar con austeridad. Quien no sepa o no pueda conducirse así, que deje el paso libre a los que sientan sus deberes a los que creen que la España oficial se

derriba con un soplo de la España vital; a los que viven, en fin, en la política española sin hipotecas. Quien no tenga pecho o independencia para ponerse delante como un guía, que no se ponga en medio, como un estorbo. Que no venga a ser nuevamente instrumento dócil del organismo degenerado. Que no venga, ufánándose de ir cubierto con el manto de Catón, a buscar el medio de encharcarse y acomodarse otra vez en la laguna Estigia.